

Marzo 8/37 * * * Avance
Comparsas, Farolas
y Bomberos

(Por C. Fernández Cabrera)

DESDE niño no veía comparsas. La comparsa es en la Habana una procesión de alegres bailantes y cantadores. Levantan sobre las muchedumbres contorsionadas y lúbricas, tres farolas multicolores, cuajadas de centenares de bombillos y candelones de cristal y de hojalata. Las llevan recios mozos negros que las hacen andar en ondas. Desde lejos, en lo oscuro, emergiendo de la muchedumbre, se ven sus luces polícoras y traviesas. Trazan fantásticas teorías; otras veces giran sobre su mástil y dan siempre un júbilo inusitado a la procesión enardecida. Quienes la llevan, visten lindos trajes de disfraz. Detrás va el Mayoral o, el General de la Comparsa. Generalmente es un pardo grueso vestido elegantemente con un traje costoso. El la ha organizado. El dice cuando se debe parar la marcha y cuando se debe seguir. El eleva el canto para que sirva de ejemplo y lo repita el coro. Este coro son máscaras. Unas veces visten como negros-curros, con la famosa camisa de mil vueltitos, sombreros de jipijapa y pañuelo rojo al cuello y zapatillas de ante al pie. Las mujeres en trajes escotados y sin mangas, pañuelo ciñéndole la cintura y la grupa, miles de alforzas, flores en los hombros y en la cabeza. Otras, indios. A veces húngaros. En tiempos remotos, espantables disfraces africanos. Van bailando siempre un dislocante baile enseñado por los carabelas negros de 1830 o de mucho antes y que se conserva de abuelo a nieto. Las comparsas del sábado último fueron así. Los Cimarrones van vestidos de esclavos y de mayorales. Llevan los esclavos el traje de listas rojas, sin mangas y con el machete de cortar la caña. El Mayoral, tipo feo, usa patilla, traje de guajiro rico, y suena escandalosamente el cuero. Otra comparsa fué las antiguas vendedoras de bollos. La comparsa Los Marqueses quiso demostrar el adelanto del negro cubano. Los hombres iban de frac y de sombrero de copa alta (bomba), bastón y pantalón ceñido a lo 1830. Las mujeres de malakof y grandes abanicos marabús. Bailaban y hacían evoluciones. Era una rumba con giros y reverencias

de minuet. «Los Mambises» recuerda que el negro también fué libertador. Céspedes y Martí fueron blancos, pero Maceo, mulato y Quintín Banderas y Guillermón, negros. Los cantos de las comparsas de 1912 eran más lindos. Recuerdan aquello de:
¿Dónde va Longino tan de madrugada
A comprar verduras para la ensalá.
La letra era ingenua; pero la música era más bonita que la de hoy.
Y aquello otro de:
La culebra se murió... Calabasum... sum... sum...
Tenía sojo que parese candelá... Calabasum... sum... sum...
Tenía yentes que parese filé... Calabasum... sum... sum...
Y aquello otro de:
¡Sé bueno, Mayoral, sé bueno!— que recordaba el ansia y la sátira del que sufría el cuero, que ni el día de Reyes, ni en Carnaval se olvidaban del bárbaro componte...
Huye, que te suena el cuero... ah... ah... ah... Huye que te suena el cuero...
Este canto, en 1912, se transformó en: Huye, que te coje el turco... ah... ah... ah...
Cantaban entonces las comparsas; Para escoger están las flores y para gusto, están los colores, por esc soy «emfémber», señores...
Dígale a un negro viejo que le cante la música y verá el lector que son cortas melodías y ritmos más lindos que los que ayer cantaban los comparseros de 1937. Y hasta el tumbar de los tambores. La comparsa ha degenerado en manos y en boca de los cubanos del radio, del teléfono de la luz eléctrica y de la Escuela Pública.
No deben desaparecer las comparsas. Son pintorescas. Quien es elevado y no le guste su sabor picbeyo, que no baile y que no mire. Quien no tiene otra diversión, porque hoy divertirse sólo puede hacerlo quien lleva la bolsa repleta, pues cuesta mucho y el pobre gana poco; quien sólo tiene un cuarto y un mal condumio y un jornal corto, y no puede ir al Cine, ni al Cabaret, ni a la Academia de baile, ni navegar en un yate, ni pasear en auto, ni ir a la playa; que baile, que baile con orden y compostura, pero que baile en la comparsa. Mientras baila y

canta, puede que olvide el hambre y el desempleo...
Sólo que debe quitarse de la calle el estallido del látigo infamante que recuerda el pasado oprobioso para el pobre negro que sufría y para los blancos esclavistas... Guardemos, en 1937, el látigo que crispaba... En cambio, saquen La Culebra, El Alacrán y Los Chinos casados con negras. ¿Por qué no sacan Los Cimarrones en vez de El Barracón, si quieren recordar épocas lejanas sin vejar al negro y reprochar a nosotros los blancos de hoy los errores de los blancos de ayer? ...
Supongamos esta comparsa así: Lindas farolas. Estandartes y faroles pequeños. Cien o doscientos cimarrones. El cimarrón representa la gallardía de la raza negra. Es un magnífico rebelde que se subleva contra el látigo y la esclavitud. Irán desafiantes, armados, dispuestos a morir antes que perder la libertad. Luego un trecho limpio. Después los Rancheadores, blancos con las traillas de perros, que llevan armas porque saben que el prófugo espartaco sólo mal herido soportará el grillo y el componte y que empuñara el machete y la lanza con fiera demofónica... Le seguirán madres, hermanas y novias, asustadas y cantando por los ausentes en rebeldía... Y cierran los disfraces, los hacendados despreocupados, libres y felices, cantando sonos guajiros y habaneras... Y nada de bailadores espontáneos. Quien no vaya disfrazado, que no baile ni cante. Y un último grupo, que nadie los llamará, pero que ellos se suman solos a la procesión carnavalesca y jacarandosa: los americanos rubios y alegres que abrazados hombres y mujeres, todos los sábados van detrás, contentos de gozar de la fiesta y que piensan regresar a la Habana en 1938 para repetir el paso de comparsa que aprendieron y bailaron en 1937.

Avance
Marzo 8/37